

- Cl. Oiga, que no ha de ser de esa manera.
 M. ¿Pues cómo?
 Cl. Con un manto de medio ojo.
 M. Guarte ahí, negro.
 Cl. ¿De eso toma enojo?
 M. ¿Tan pequeño el peligro le parece,
 si llega algún bellaco desbocado,
 y viendo la figura por la pinta
 al primer mojicón me pone en cinta?

Si esto no es Quevedo, yo no sé quien sea. V., con mayor conocimiento y estudio del estilo é ingenio del célebre político moralista, me dirá su ilustrada opinión.

Largamente he dejado correr la pluma, amigo mío, incluyendo á V. en esta carta y en la anterior algunas de las muchas noticias peregrinas, reunidas en muchos años para mis estudios sobre *Obras desconocidas de Cervantes*.

Temo haber fatigado la atención de V. quitándole tiempo que pudiera emplear más útilmente. Pero si esta pesada epístola merece de V. igual acogida que la primera, no será por su mérito, sino porque V. conoce los buenos deseos de su afectísimo s. s. q. l. b. l. m.

I. M.^a A.



DOS POESÍAS INÉDITAS

DE

CERVANTES

SR. D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA

Sevilla, Junio 19, 1868



CON la boca abierta, el oído aguzado y todos los demás sentidos y potencias en expectativa estoy desde que recibí tu última, mi querido Mariano, aguardando cada día la llegada del correo que me traiga la Droap-iana del presente año. Como pasan días y no viene, no quiero dejar de escribirte para tener ganada la esperanza de que me contestarás; porque mis cartas tienen un fin interesado, como el dinero que emplea el jugador en un billete de lotería. Este, desde que juega, espera el día del sorteo; yo desde el momento en que escribo espero la respuesta.

Pero mi suerte es más venturosa que la de los jugadores, pues en éstos las mejores horas son las que transcurren con la esperanza, hasta que llega el desencanto; y en mí sucede lo contrario, porque tras la expectativa viene un premio, que nunca es pequeño, en la carta de ese alemán que como familiar tienes metido en la sesera.

Dejando esto á un lado y volviendo al tema, te diré algo de *Cervantes*, ya que la ocasión se presenta de darte alguna noticia nueva con alguna muestra del consabido descubrimiento (que va confiado á tu leal amistad).

La afición á las obras de Miguel de Cervantes es general, universal, si así puede decirse, en España; no se limita á clase alguna, ni á jerarquía social determinada. Se desborda del círculo de los hombres de letras, y corre por los indoctos, y envuelve á la más ínfima clase de nuestro pueblo. Esto para ti no es nuevo, ni necesita demostración, pero si la necesitara para alguno de los muchos incrédulos á quienes ilustras con tus cartas, darte he un dato estadístico, ó más bien dos, que hablan muy alto y dicen más que muchas disertaciones de esas filosóficas y difusas que corren. La elocuencia de los números es á las veces ciceroniana ó demostina.

Uno de esos editores de Madrid ó Barcelona, que abastecen á nuestros artesanos el insulso pasto de novelas patibularias á dos cuartos la entrega (que aun es cara por ese precio y por mucho menos), ha tenido la feliz idea de hacer una edición del *Ingenioso*

Hidalgo; ¡á cuarto el pliego! y uno de los comisionados ha hecho en el pueblo bajo de Sevilla 500 suscripciones, debiendo advertirte que son tres ó cuatro los comisionados, lo cual supone 1.500 á 2.000 suscripciones.

¿Es esto significativo?

Pues escucha. El bibliotecario de la Provincial ha circulado la memoria anual de los trabajos del establecimiento, incluyendo un estado de las obras pedidas por los concurrentes.

Abraza el año de 1866, y en él la obra que se pidió más fué la *Colección legislativa de España* que tuvo 469 lectores, después vienen las *obras de Cervantes* que se pidieron 427 veces.

Tal es la popularidad de esta lectura: une á estos datos el retrato del autor en las cajas de fósforos, la reproducción de su estatua en los librillos de papel, la imagen del buen Alonso Quijano que campea en otros de lo mismo, y las escenas de su vida que sirven ya de etiqueta á las botellas del rico Valdepeñas, que se conserva en las *tobosescas tinajas*, y dime si hay autor alguno que goce en su país tan completo y general renombre.

Ciertamente que no conocen los ingleses á Shakespeare, ni los franceses á Moliere, ni los alemanes á Goethe tanto como los españoles á *Cervantes*. Un célebre extranjero lo ha dicho; en España no hay una sola persona que no conozca algo de D. Quijote y de Sancho, de Rocinante y del rucio.

¿Crees tú, Mariano, que el pueblo entero que se

encierra entre el Pirineo y el mar aplaude á Cervantes por el *sentido oculto* de sus creaciones?

¿Crees que conoce á D. Quijote por lo que ahora le descubren de apasionado de *Dina-luce* y adversario de *Casildea*? ¡Horror!... El pecado sea sordo y sordos también Benjumea y su secuela el Cervántico Bachiller.

Existe y guárdase en la Biblioteca Colombina una historia MS. de la Ciudad de Sevilla, compuesta por el *licenciado* Collado, que entre muchas particularidades, contiene una extendida descripción del famoso túmulo que Sevilla levantó para las honras del Rey D. Felipe II, descripción que muy pronto recibirás en un precioso volumen de los de la segunda serie de nuestros *bibliófilos andaluces*, impresa é ilustrada por el amigo Palomo (D. Francisco de Borja).

Al finalizar su obra dice así el autor: «Algunos otros versos se pusieron sueltos, y unas *décimas* que compuso Miguel de Cervantes, que por ser tuyas fué acordado ponerlas aquí; síguense:

Ya que se ha llegado el día,
gran Rey, de tus alabanzas,
de la humilde musa mía
escucha entre las que alcanzas
las llorosas que te envía.

Que puesto que ya caminas
pisando las perlas finas
de las aulas soberanas,
tal vez palabras humanas
oyen orejas divinas.

¿Por dónde comenzaré
á exagerar tus blasones,
después que te llamaré
padre de las religiones
y defensor de la fe?

Sin duda habré de llamarte
nuevo y pacífico Marte,
pues en sosiego venciste
lo más de cuanto quisiste,
y es mucha la menor parte.

Tembló el cita en el Oriente,
el bárbaro al Mediodía,
el Luterano al Poniente,
y en la tierra siempre fría
temió la indómita gente.

Auraco vió tus banderas
vencedoras, y las fieras
ondas del sangriento Aseo (1)
te dieron como en trofeo
las otomanas banderas.

Las virtudes en su punto
en tu pecho se hallaron,
y el poder y el saber junto,
y jamás no te dejaron
aun casi el cuerpo difunto.

Y lo que más tu valor
sube el extremo mayor,
es que fuiste, cual se advierte,

(1) ¿Será Egeo?

bueno en vida, bueno en muerte,
y bueno en tu sucesor.

Esta memoria nos dejas,
que es la que el bueno codicia,
que amigables y sin quejas
misericordia y justicia
corrieron en ti parejas.

Como la llana humildad
al par de la majestad,
tan sin discrepar un tilde,
que fuiste el rey más humilde
y de mayor gravedad.

Quedar las arcas vacías
donde se encerraba el oro,
que dicen que recogías
nos muestra que tu tesoro
en el cielo lo escondías.

Desde ahora en los serenos
Elíseos Campos amenos
para siempre gozarás,
sin poder desear más
ni contentarte con menos.

Estas doce quintillas, á que el licenciado Collado llama *décimas*, las había visto antes del año 1840 el malogrado literato sevillano D. Juan Colón y Colón; pero ni las copió ni dijo en qué libro se encontraban, y así te las presento ahora como *obra desconocida* de nuestro inmortal escritor.

Pero á continuación de esas quintillas, sin inte-

rrupción ni variación de ningún género, hay en el libro de Collado un *soneto*, que yo estimo parto del mismo ingenio, aunque por desgracia inconcebible está falto de alguna parte. Léelo primero y luego juzgarás mis observaciones.

SONETO

Ocupa breve término de tierra
la Magestad del gran Philipo hispano,
ayer poco era el mundo al sobre humano
poder, que hoy tan poco espacio encierra.

Vivió, buscando paz, contino en guerra;
murió para vivir; tuvo en su mano
el freno del vicioso luterano,
y al común enemigo el brío atierra (1).

Fué en las naciones confusión y espanto
desde el primero clima hasta el postrero,
y al fin dejó de ser Felipe y Santo.
Su fama, el alma, el celo, el cuerpo, el nombre,
al mundo, al cielo, al suelo, á su heredero.

A primera vista parece que falta un verso del último terceto; pero estudiando mejor, encontramos el consonante *nombre* que no se relaciona con los del terceto que se conserva, y viendo después el concepto de esos dos versos postreros, parece que debieron ser

(1) En *El Ingenioso Hidalgo* (parte 1.^a, cap. XXXIX) se lee: «la liga contra *el enemigo común* que es el Turco:» palabras que explican el sentido de este verso, y son de Cervantes.

estrambote y que el copiante saltó un terceto entero, dejando manco y truncado el *soneto*. Que éste sea de Miguel de Cervantes como las *quintillas*, es punto que no parece dudoso. La idea vertida en aquéllas es exactamente la misma que en éste se desenvuelve, reduciéndola á los términos que las dimensiones del *epigrama* exigen; encuéntrase además á continuación sin nombre de otro autor; y por más que yo no conceda á esta prueba grande importancia, el estilo, la manera de hacer los versos y de ligar las frases no desdican de los de Cervantes. Yo sospecho que ambas composiciones son de su pluma; pero como no es artículo de fe, cada uno puede formar su opinión sin caer en censura.

Tú sabes que la Real Academia sevillana de Buenas letras me ha dispensado hace tiempo la honrosa distinción de llamarme á tomar parte en sus tareas: pero mis ocupaciones han impedido el que hasta hoy tome asiento entre sus sabios individuos. El discurso que en ese acto debo leer tengo comenzado hace tiempo, y era mi objeto ofrecer como tributo de gratitud á la corporación que así ha honrado mis escasos merecimientos, éstas y otras *composiciones poéticas de Cervantes* enteramente desconocidas. Continúo en mi propósito, pero no creo que falto á él aunque satisfaga anticipadamente la justa curiosidad de algún amigo, y mucho menos si es tan apasionado cervantista como tu Doctor Thebussem.

Y pardiez, mi querido Mariano, que hay libros que tienen estrella, y hala tenido para mí esta histo-

ria de Sevilla del Licenciado Collado. Después de haber encontrado en ella versos desconocidos de Cervantes, faltaba que me suministrase noticias de Francisco Pacheco y también me las ha dado. Este hallazgo lo debo al mismo D. Francisco Palomo, cuya modestia es igual á su mérito, y cuya buena amistad es sincera y leal como pocas.

Después del túmulo de Felipe II en 1598, trae el autor la descripción del que se levantó para las honras de la reina doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, que falleció el 5 de Octubre de 1611.

Hubo en la fábrica versos latinos del célebre licenciado Juan de Robles y del no menos ilustre Francisco de Medina. Y en cuatro arcos que salían del túmulo en ocho nichos se pusieron ocho reinas. «Su pintura de color del bronce, como las demás de las historias, que fueron las siguientes: La Archiduquesa Maria, madre de nuestra Reina; y á todos los comisarios que tuvieron mano en esta obra pareció que los versos que á todas estas Reinas se les pusiesen fuesen castellanos para inteligencia del pueblo y por honra de nuestra lengua; y los que tocaron á esta figura dicha fueron de D. Francisco de Calatayud, etc.

Repara tú, que tan apasionado eres á la epigrafía, y tan docto en ella, el concepto que he subrayado, y no dejes de tenerlo en mientes en ocasiones.

Prosigue Collado describiendo las ocho reinas, é inserta los versos que compusieron Antonio Ortíz Melgarejo, el citado Catalayud, y D. Alvaro de Guzmán; pero en dos de ellas dice así:

«En el otro arco en frente de éste estaba la Reina
»Doña Ana, cuarta mujer de Philipo II, madre de
»nuestro Rey y Señor Philipo III, á quien sirvió con su
»pluma igual á sus pinceles *Francisco Pacheco*, y en
»cuya alabanza hizo el mismo los siguientes versos.»

Quando teme perder el grave esposo
la gran Reina de España ofrece al cielo
su dulce vida, en trueco generoso;
cae la flor, goza el rico fruto el suelo.

Acto suyo imitado, acto glorioso.

.....
se ofrece á otra gran Reina Margarita
que asaz en fruto y en amor la imita.

Mal copiante era por lo visto el licenciado Francisco Jerónimo Collado, pues en esta octava saltó el verso sexto, como antes había omitido un terceto entero en el *soneto de Cervantes*; faltas ambas irreparables, pues aunque en la misma Biblioteca Colombina hay otro ejemplar de su historia, es copia exacta y fidelísima de la primitiva y no añade ni quita al texto original.

Concluyamos.

«En el opuesto estaba la Reina de Inglaterra Catalina, mujer de Enrico octavo; sus versos fueron de
»*Francisco Pacheco*.»

De cathólicos Reyes engendada,
por cathólica solo perseguida,

en heróica virtud aventajada,
y entre ilustres matronas escojida,
y en el fingido bronce retratada
la consorte de Enrique esclarecida
se muestra, que en su túmulo acompaña
á otra Reina cathólica de España.

Con estas dos octavas ha venido á aumentar mi colección de *poesías de Francisco Pacheco* ese MS. de Collado. Muchas composiciones de este artista tenía yo reunidas, y aquí te daría cuenta de ellas de muy buena voluntad, pero como dentro de poco se imprimirán todas á continuación de la edición de mis *Apuntes sobre Pacheco y sus obras* que actualmente publica D. Gregorio Cruzada Villaamil en la *Biblioteca del Arte en España*, excuso tomarme ese trabajo y causarte esa molestia.

Demasiado larga es ya la presente y por esta razón dejo para otra el remitirte noticia de una fiesta que tuvo lugar en Sevilla por los colegiales del de Maese Rodrigo, con motivo de cierto acuerdo sobre la Inmaculada Concepción y en la cual salieron D. Quijote «que fué prez de la caballería andante» y detrás Sancho «su escudero, rellanado en un rucio y flacopollino»: con sus letras alusivas. Con esta noticia aumentarás tu precioso artículo sobre *Farsas del Quijote*.

Y quédate á Dios. No sé como va escrita esta carta, pues en tres breves ratos se ha hilvanado (porque en verdad va descosida y sería impropio el decir

que se ha zurcido) y te la envió en la confianza de que aprovecharás lo bueno y dispensarás lo malo. Aquello es lo de *Cervantes y Pacheco*; esto lo que ha escrito tu amigo que te quiere.—A.



SOL Y SOMBRAS

CARTAS

Á LOS INSIGNES CERVANTISTAS, D. JOSÉ DE PALACIO VITERY
Y D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA, SOBRE *asuntos y zarandajas*
DE CRÓNICA ESCANDALOSA CERVANTINA

- I. Compromiso causa de este trabajo.—El libro del Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro.—¿Poseemos una obra autógrafa de *Cervantes* en el *Coloquio sobre la vida del campo*?—Paréntesis sobre un romance atribuido á Calderón.—Entremeses.—Peregrinas analogías entre Alarcón y Avellaneda.
- II. Continúa la cuestión de Avellaneda.—Obsequio cervantino.—Comentadores.—Las 1.633 Notas.—Carta del alemán sobre las mismas.—La Academia de Vitoria.—Sus presidentes, efectivo y honorario.—Un poquito de murmuración.—Mesa revuelta.—Fin sainetero.

CARTA PRIMERA

SRES. D. JOSÉ DE PALACIO VITERY Y D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA



is queridos amigos: Empeñada una palabra, es preciso acudir al desempeño con más fe y mayor eficacia que cuando entre las garras de un usurero se deja alguna prenda preciosa y estimada. Aquí el rescate es de interés; allí la cuestión es de honra; y dicho se está adonde irá la